

Caracas: ciudad agazapada, ciudad espiritista

Francisco Ferrándiz

Dicen que la silueta de Caracas se asemeja al perfil de un felino agazapado mirando hacia el Oeste, quizás olfateando algún petróleo. Un felino tenso, determinado, brevemente erguido, dispuesto al salto. Un felino que destila entre sus garras el tumulto de una ciudad vibrante, compleja, quizá convulsa, que desborda el estrecho valle que apenas la contiene, que se empuja mucho más allá de sus límites de capacidad infinitesimales.

Es la Caracas de los millones de caracas, que se escurre sin fin por las autopistas brillantes –siempre cercanas al colapso–, los caminos empinados de los *cerros* –en escorzo hacia el horizonte–, los requiebros y trucos visuales de la modernidad arquitectónica, la mezcla olfativa de arepera y Guaire, los afloramientos intermitentes de joropo, salsa o cumbia, los espacios nómadas de la venta ambulante, la sólida frontera norte del Ávila.

Es la Caracas de las multitudes, de los ruidos sin presencia, de Petróleos de Venezuela S.A. y sus filiales, de los tiroteos, de la informalidad, de los *bonches* hasta el amanecer, de los mercados, de los *carritos* atestados, de las élites económicas, de los vertederos humeantes, del metro impecable, de las emigraciones masivas, de las urbanizaciones en las *colinas*. Es la Caracas que fascina. Es la metrópolis caleidoscópica, tortuosa, densa, fuerte, eufórica, barroca. Es la Caracas que te abraza y te golpea, peleando un grito. Un entramado laberíntico, un conglomerado múltiple de lugares que se alimentan, se esquivan, se necesitan, se resienten, se desconocen, se temen, se abandonan mutuamente. Es la Caracas de los segmentos interminables, trenzada al borde del salto, que te roza sigilosa y rápida, siempre agridulce, siempre despierta. Una Caracas siempre al filo de gritar sus nervios de acero, *merengue*, río y asfalto. Como ese felino invisible y ágil que atraviesa enfurecido sus arterias.

La tensión muscular que impregna Caracas fluye eléctrica en su vivencia espiritista, esa intimidad sagrada que estremece con insolencia los recovecos entre lo corpóreo y lo etéreo. Caracas segrega esa explosión, ese murmullo en ascenso, esa respiración acelerada, esa voz entrecortada, esos ojos en busca de rumbo, ese ímpetu corpóreo rozando el límite, que se expande como un torrente atropellado por los itinerarios del trance. Ese temblor que

desemboca en lo profundo. Estar poseído por Caracas, ser poseído en Caracas, entrelazarse con sus claves sensoriales en el despegue mismo de la conciencia. Quizás por eso el pulso más íntimo de la ciudad espiritista late encajonado en la estrecha mediana, mínima, de una de sus bulliciosas vías de entrada, la Autopista Francisco Fajardo.

Allí, en la membrana de la urbe, se retuercen los vientos silbantes de Sorte, saturados de *encantos* y de selva. Allí, la estatua de la Reina María Lionza, patrona máxima del espiritismo venezolano, encrucijada de duendes y *fuerzas*, se empuja sobre la viscosidad urbana de la ciudad, la pesadez de los atascos, la suciedad del asfalto grasoso, el rastro efervescente de la gasolina mal quemada. Impávida. Masiva. Pública. Vertical. Casi siempre jaspeada de flores. Su efigie, espejo de la fantasía erótica y étnica del escultor Colina, inunda puntiaguda los altares y el imaginario espiritista popular. Amarrada entre el deseo y el prodigio. Extravagante. Ubicua. Erguida. Silenciosa. Próxima.

Montada sobre una danta hierática acompañada de serpientes, completamente desnuda, presumiblemente indígena en su rostro acartonado, los brazos de María Lionza irradian sus músculos, sus cartílagos, sus venas, sus tendones rígidos de cemento hacia arriba, casi desencajados, casi despegando, proyectando una pelvis igualmente maciza y liviana hacia el cenit previsible de Caracas. Como buscando el golpe. El gesto único a punto de reventar su cuerpo, fértil, riguroso e hinchado. En torno a la estatua, su leyenda y su fuerza mística gira en espiral vertiginosa, como un maelstrom sagrado, el universo *marialioncero* de Caracas. Ese alboroto de rincones precarios que dibujan la ciudad espiritista. «Tu culto es tu gloria, tu nombre es divino. Tu amor es la antorcha que alumbra el camino de nuestra conciencia. Derrama tu luz de fe, de esperanza, al Divino Jesús. Reina María Lionza, por tu poder, por los Siete Espíritus que te acompañan, no dejes que las estrellas me maldigan, ni que el cielo me borre la ilusión, ni que Satanás ni los brujis me destruyan este pobre corazón. Te suplico en compañía de los Espíritus, porque yo sin ti no tengo dicha ni consuelo, ni gloria tiene el cielo, ni vive el corazón. Y así de qué me sirve vivir en este mundo sin brújula, sin remo, sin timón».

Sin brújula, sin remo, sin timón. Los rastros evanescentes de la ciudad espiritista se desvelan nítidos al recorrer las calles de la Caracas popular, el Silencio, Quinta Crespo, o la Avenida San Martín, acumulando en la retina los altares todavía desmenuzados en los escaparates de las *perfumerías* esotéricas. Es el mercado del milagro, el bazar del prodigio, la compraventa de la suerte y la videncia. Allí, ambigua y escurridiza, la ciudad espiritista brota enérgica en series de estatuas polícromas aún desactivadas de *fuerza*

espiritual, ajenas todavía a los perfumes, los rezos, la posesión, la cura mística, el licor derramado, el *retorno* de la brujería, la petición ferviente, el símbolo confuso o distraído. Escorzos, decapitaciones, risas, gritos, dolor. Sensualidad, inquietud, desafío, sorpresa, rezos. Fragmentos expresivos de memoria táctica vertidos industrialmente sobre amasijos de estatuas y rostros, que fluyen atropellados entre la santidad, el peligro y la etnia. Son escaparates turbadores. Paneles corridos de cabezas y torsos adornados sobre una mirada fija, jerárquica, producida en serie, contenida en un punto negro mal dibujado, organizada para la inquietud y el consumo. Se incrustan en la visión periférica. Emiten descargas nerviosas. Marcan el paso en silencio. Preludian la conciencia errática, el dramatismo sensorial y la musculatura tersa del mundo *marialioncero*.

Tras las estatuas asoman vitrinas atiborradas de perfumes y esencias multicolores, licores, plantas medicinales y decorativas, hierbas empaquetadas, frascos de *cuerno de ciervo*, sobrecillos de talco, pólvora, azufre, limadura de hierro y polvos mágicos misceláneos, velas y velones corrientes e inusitados, *tabacos*, decenas de *despojos*, sahumeros, jabones y champús esotéricos, collares, medallones, pulseras, estampitas, aceites, puñales, capas de colores, bolas de cristal, naipes, manuales de magia, Budas felices, oraciones individuales y al por mayor. Cerrados en sus bolsitas, almacenados por tamaños, colores y formas, ordenados en cajas. Todos esperando la transacción económica, el conjuro, el gesto pautado, el impulso ritual de su eficacia sagrada. Vienen de todos los rumbos, entrechocando. Santería y macumba, vudú estereotipado, videncias misceláneas, catolicismo popular, quiromancia, espiritismo, astrología. Ramilletes de velas fruto de la industria local de la parafina –se producen y consumen diariamente miles de velas en los resquicios del petróleo–, sí, pero también productos esotéricos diversos procedentes del mercado ya globalizado de la magia caribeña, con ramificaciones en Miami, Nueva York o Puerto Rico –Mistic Products (*sic*)–, y sus sedes más livianas en el ciberespacio. «Magia de amor. Ingredientes: Afrodita, Amor, Atrayente, No me Olvides, Ven Conmigo, Quiéreme Mucho, Miel. Indicaciones: Se mezclan todas las esencias mencionadas en una ponchera, aplicándose las luego del baño normal del aseo. Es recomendable no secar este baño con paños, etc. Seque solamente la cabeza. Este baño ayuda a todos aquellos que buscan una persona que les brinde amor, otorgándole a su cuerpo la atracción necesaria para que la persona escogida se fije en ella».

No me olvides, ven conmigo, quiéreme mucho, miel. Vagar por los *barrios* populares en busca de los *portales* y centros espiritistas, invisibles, numerosísimos, partidos en mil pedazos, agazapados, ruidosos. Sólo allí

están los vértices de la ciudad espiritista, esparcida en sus espacios de secreto, brotando de la pesadumbre con extraordinaria energía. Absorber los altares abigarrados, salpicados de presencias, mudos, envueltos en penumbra y humo, chorreantes de licor y vela. Bustos, estatuas completas, estampitas, fragmentos de imagen, cuadros, símbolos. Robándose el espacio. Empujándose desde dentro en escorzos imposibles. Rozando como una brisa los poros de los fieles. Estirándose tibiamente ante la proximidad cierta del trance. Velas prendidas, neblina de incienso, flores, tabaco sobre tabaco, tambores. Claroscuro vacilante que captura misterio.

Con el *despojo* y la purificación se activa la escenografía, irrumpe la ceremonia, comienzan a sacudirse las *fuerzas*. Es el exceso sensorial. Es el universo de lo convulso, de lo explosivo. Esa *tumbadora* escupiendo ritmos. No nos deja respirar. Se engancha tenaz con los sahumeros, los cantos, el tibio ambiente de las velas, los licores, nos arrastra. Se recogen los mediums en gesto concentrado, inquietos, excitados, anticipando el vacío, el vértigo y el cruce de almas. Se colocan frente al altar, cada vez más desvaídos, más imprecisos, tropicados, perdiendo el contorno, bajando la frente, santiguándose, esperando la *fuerza*, intuyendo su forma, esbozando su teatralidad, sintiendo su peso. Los *bancos*, ayudantes rituales, palpan desde atrás el aura, expulsan con fuerza los humos del tabaco, asperjan los licores preferidos de las entidades místicas, empapan las espaldas, empujan los fluidos espirituales hacia dentro y hacia fuera, siempre hacia arriba, con sus manos que penetran aire.

Es la *elevación*, el trance. Se miman las articulaciones, reblandecidas de humo, calor, líquidos y esencias. Los tobillos, las rodillas, los codos, las muñecas, siempre desde abajo, siempre en ascenso. El estómago, toda la espina dorsal y el cuello, la cabeza, los labios, los ojos. Tam tam, tam tam. Cuerpo, desequilibrio y ritmo. Vaivenes de la conciencia. Flujo colectivo de *fuerzas* que vagan en oleadas de *materia en materia*, que abren y cierran en parpadeo rápido ojos teñidos de luz. Danza desmayada de extremidades que se hinchan, se retuercen, se agitan, se impulsan hacia lo grotesco. Cuerpos en escorzo, cabeza con cabeza, músculos al límite de su extensión, venas pronunciadas, fosas nasales hinchidas, pulmones hiperventilados, listos para trabarse con los espíritus. Rostros encogidos, asimétricos, bruscos, abiertos en sus grietas, llamando una bocanada de aire. Voz gelatinosa, quebrada, ronca, elástica, vibrando entre presencias y dialectos.

Allí, en el principio mismo del cuerpo, reciben a los espíritus las *materias*. Entre la violencia y la ternura, presas de una intensidad vulnerable, amarradas a una anatomía desbordada. Máxima intimidad sensorial. Hace calor en la sala. Pesa el oxígeno. Pestañea la luz. La distancia resbala. Una